

Dersu Uzala

No hubiera escrito estas líneas si no fuera porque ese hombre ha salido hoy en todos los telediarios. Seguramente tampoco si no tuviera tan reciente su recuerdo. No ha pasado ni una semana desde que estuve con él, el viernes. Me ha impresionado saber que había fallecido. Sacudida de esa emoción, me he decidido a escribir este relato. Después de terminarlo lo he vuelto a leer para ocultar algún detalle y quitar todos los nombres propios que he podido encontrar. He oído tantas cosas buenas de ese hombre, que me he tomado este trabajo pensando en el riesgo de que alguien pudiera llegar a leer lo que he escrito, y que un detalle sirviera para identificarle y manchar su memoria. Sería una canallada. Respecto a lo de escribir, siempre me ha gustado, aunque sea de Ciencias. Será por esto último que en algún caso he tenido dudas al reescribir o tachar palabras. Confío en haberlo hecho del modo correcto. Si hubiera algún error espero que quien lo encuentre sepa disculparme. Releo ahora el texto. He aquí la historia:

«Ha entreabierto la puerta y me ha recibido con un escueto “hola”. Le he respondido “hola”. Creo que no ha caído en la cuenta de quien era yo. Cuando lo ha hecho ha abierto totalmente.

—Perdona, pasa.

Le he ofrecido los labios, pero me ha dado dos besos en las mejillas. Una vez dentro me ha cogido el abrigo y lo ha dejado en el respaldo de un butacón. Al principio he preferido no darle el bolso, pero enseguida se lo he entregado y lo ha dejado junto al abrigo. Es lo primero que he pensado, que ese hombre infundía confianza. Y que no parecía tener la edad que me ha confesado por teléfono. Un modo de coquetería que no entiendo. Lo de presumir de anciano, digo. Quizás un afán de ponerse la venda antes de la herida, por miedo a defraudar a una mujer joven. Nos hemos dicho cómo nos llamábamos. No sé si se ha dado cuenta de que el mío era un nombre de guerra, pero él, lo he comprobado hoy, me ha dicho la verdad. Luego me ha enseñado la casa mientras yo respondía mecánicamente a sus preguntas de cortesía: que si me había costado encontrar la calle, que de dónde era. Ha tenido la gentileza de no mostrarme su dormitorio. Me lo ha señalado, pero con la puerta cerrada. Después me ha ofrecido una copa de vino y nos hemos sentado en el salón. El vino estaba rico. No entiendo mucho,

pero yo creo que era caro. Ha puesto una música suave y hemos estado conversando de cine y de pueblos toscanos (sé que aquí no es estrictamente necesario para mi propósito de ocultación pero, de todos modos, he introducido un cambio para que el nombre propio se convierta en adjetivo). Sin duda ha agradecido que yo hubiera visitado algunos de esos lugares. Una cosa ha llevado a la otra, y hemos hablado también de Pintura. Le ha sorprendido que conociera el retrato de un condotiero con la nariz partida. En la agencia me habían dicho que buscaba una mujer culta. Imagino que le habrá satisfecho la charla. Al terminar la copa, ha ido a la cocina a preparar la cena.

Cuando me he quedado sola me he dedicado a trastear por el salón. Tenía un piso decorado con mucho gusto. De persona más que acomodada. Había jarrones, tótems de madera y un busto de cabeza griega. Pero sobre todo, fotos personales. Había sido un hombre muy guapo. Había varias de él con su esposa, supongo. Una en la que aparecían rabiosamente jóvenes junto a unas palmeras. Muchas de ambos con los chicos. Niño y niña. También una ampliación en forma de mural de la que prefiero no dar pormenores que pudieran servir como referencia. Luego he estado revolviendo en su biblioteca y en su colección de películas. Eso sí que es un síntoma del abismo de años que nos separa. Ninguna persona, ni de mediana edad, tiene ya películas DVD en su casa. Al traer la ensalada ha visto que tenía una caja en la mano, se ha fijado en ella y me ha preguntado:

—¿La conoces?

—No —he respondido.

Entonces se ha acercado a mí y, señalándome los personajes de la carátula, me ha contado la película: *Dersu Uzala*. La historia de la amistad entre un joven militar ruso y un cazador japonés que empieza a entrar en la vejez. Dos personas que se aprecian por encima de la diferencia de edad o de condición. Me ha contado el final. El cazador ya no puede valerse solo para sobrevivir en el bosque y es acogido en la ciudad por su joven amigo. Me ha dicho que no es de esas películas de ahora, en las que conocer el final destroza la historia. Que la belleza estaba en el fondo del relato y en el modo de narrarlo. No estoy segura de que él conociera la palabra *spoiler*. Creo que le ha gustado la forma en que prestaba atención a lo que me estaba contando. No era difícil, porque realmente me he sentido interesada.

Después de la ensalada, al cabo de unos minutos ha regresado con dos platos de pescado. Dos salmonetes enormes. Nunca los había visto de ese tamaño. Hemos

brindado. La cena estaba exquisita. Me ha asegurado que el pescado más fresco se come en la ciudad (he tenido que suprimir obligatoriamente el nombre propio para convertirlo en sustantivo común). Que ayer esos salmonetes estaban nadando en aguas cantábricas (escrito así y con minúscula vuelve a ser un adjetivo). Ha nombrado el puerto de origen, pero se me ha olvidado. No lo había oído nunca.

Al terminar le he dicho que no quería postre, y apenas hemos tenido sobremesa. Me ha indicado que se encontraba algo cansado y que le gustaría acostarse pronto. Así que he cogido el bolso y he ido al baño a cambiarme. Cuando me he puesto el camisón, no sé por qué, me ha parecido impropio. Demasiado transparente y con mucho encaje. Al entrar en la habitación estaba ya acostado. En la parte derecha. Al verme llegar, se ha movido hacia la izquierda y me ha dejado a mí el lugar que él ocupaba. Al tumbarme he encontrado mi lado de la cama tibio. Me ha parecido muy tierno.

Cuando nos hemos tapado con el edredón, me he acercado hacia él y me ha abrazado. Luego me ha costado comprender cómo quería que nos pusiéramos. Ha metido su pierna derecha por debajo de mí, dejando mi cadera apoyada en ella, y después ha puesto su pierna izquierda entre las mías. Hemos encajado como las piezas de un conocido videojuego (aquí bien podía haber dado el nombre propio sin comprometer nada). Se lo he dicho y nos hemos reído. A pesar de lo complejo de la postura, me he sentido extrañamente cómoda. Hemos estado mucho tiempo así y, no sé cómo (supongo que hemos pasado del país de origen del juego a la guerra fría, y de ahí a la carrera espacial), la conversación ha derivado hacia la Astronomía. Ahí era yo la experta. Había oído hablar de la Materia Oscura, pero no comprendía que pudiera determinar el futuro del universo. He hecho lo posible para que lo entendiera, alternando mis explicaciones con besos.

Luego me ha pedido que me girara y, al darle la espalda, por detrás, ha ceñido mi cuerpo por la cintura. Por debajo de los pechos. Rozándolos. Hemos estado callados y acurrucados en posición fetal durante un buen rato. Al principio tenía un resuello agitado y muy superficial. Como de persona enferma. Al cabo de unos minutos se ha vuelto más lento y hemos terminado acompasando nuestras respiraciones. Con calma. Como si el ritmo de nuestros cuerpos, tan distintos, tuviera la misma cadencia. He pensado que nuestra diferencia de edad podía estar cercana a los cincuenta años. Cuando estábamos en esa posición, he cogido su mano y se la he puesto sobre mi pecho

izquierdo, por si se animaba a algo más. Ha estado unos segundos acariciándolo. Ese ha sido el único momento en que le he sentido excitado. Me hubiera gustado que se hubiera decidido a algo más. Luego, se ha detenido y ha apretado su abrazo. Creo que se sentía inseguro de ir más allá con las caricias y no poder mantener su fogosidad. Tampoco lo sé.

Después de esa postura se ha vuelto, y nos hemos colocado espalda contra espalda. Ha metido sus pies entre los míos. Moviéndolos cada poco tiempo. Tal vez para ser muy consciente de que había otra persona a su lado. Le he seguido el juego pateando con mimo de vez en cuando. Y, a pesar de que la temperatura de la casa era agradable, y del tiempo que llevábamos en la cama, pegados uno a otro, he sentido sus piernas frías. Como si no pudieran entrar en calor nunca. Después de un tiempo se ha girado, me ha besado en la nuca y me ha dicho al oído:

—Voy a dormirme.

Me he vuelto, he apoyado mis manos en sus mejillas y le he dado un beso carnosos en los labios. Quería que se sintiera deseado. Espero que lo haya sentido así, porque no estaba fingiendo. Cuando he aflojado la presión me ha dado un abrazo profundo y, otra vez, se ha vuelto de espaldas. Yo he mantenido mi posición, apretándole contra mi pecho, y le he besado en el cuello. Me ha dicho “gracias”. Cuando he estimado que realmente quería dormir me he vuelto a girar. Me ha dado una palmada en el trasero y, con ella apoyada ahí, ha metido su mano derecha por debajo de mi ropa interior. Le ha tenido que gustar su tacto satinado. Luego la ha sacado y me ha deseado buenas noches mientras apoyaba su palma en mi costado. Y la ha dejado así. No sé lo que habrá tardado en quedarse dormido, pero yo he intentado prolongar ese momento antes de perder la consciencia.

Cuando, por la mañana, me he levantado tenía el desayuno sobre la mesa.

—¿Qué tal has dormido? —me ha preguntado.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien. Me he sentido acompañado.

Le he dado un beso y he pasado por el baño. Me ha preguntado si café o té y le he dicho que prefería café. Al volver me ha dado una bata suya para que no pasara frío. Y nos hemos puesto a desayunar. Había pelado kiwis, plátano y pera. Había pan tostado, mantequilla y dos tipos de mermelada. Y unos cruasanes que había pasado por el horno.

He tomado dos tazas de café. Al acabar me ha preguntado si quería ducharme. Le he dicho que no. Después de un rato me ha indicado que tenía una cita a las once y media de la mañana. Lo he tomado como una invitación a que me fuera. He cogido mi ropa, he ido al baño y me he cambiado. Luego, cuando he regresado al salón he visto que dentro de mi bolso había un sobre y la película que habíamos estado comentando la noche anterior. Y, a pesar de que todo se había desarrollado tal y como él me había asegurado, por un momento he pensado que no debía coger el sobre. Pero finalmente he decidido que podía incomodarle más que otra cosa.

Al marchar me he despedido dándole un abrazo. Le he dicho que tenía mi teléfono y que me llamara cuando quisiera. He enfatizado mi voz para decirle que había estado muy a gusto con él.

—Yo también he disfrutado. Si te llamo no creo que sea pronto. Voy a estar una temporada convaleciente.

—No será nada. Suerte —he intentado tranquilizarle.

Y me he ido. Sintiéndome limpia, aunque no hubiera pasado por la ducha».

Al volver a leer lo que he escrito me ha venido a la cabeza el nombre del puerto de donde venían los salmonetes y lo he pronunciado en voz alta: Viavélez. Ya sé que es un nombre propio, pero he pensado que, estando sola, decirlo no podía hacer ningún daño a su memoria.

Seudónimo: Ina